

Música

La música y el sonido es una alfombra sobre la cual reposa todo el espectáculo. En este caso, la misma historia propone la música y algunos instrumentos. El capitán Núñez describe hasta el cansancio que los mapuches tocaban cornetas (trutruka), flautas (pifilcas) y tambores (kultrunes), sus “alegres instrumentos”, y que romanceaban con poesías con métrica, días y noches. Y como el que cuenta es español, carga en sus páginas el laúd, la vihuela, el arpa, la décima, el soneto y la lira (de sus propios poemas). Y como los juglares están vivos, tocan los instrumentos de hoy: bajo eléctrico, acordeón, clarinete, trombón, percusión, etc.

A esta orquesta propuesta por Núñez, y la necesidad que el juglar tiene de la música, se suma el privilegio de nuestra compañía por la música en vivo en el escenario, por tratarse de una voz, un personaje más que habla al corazón del espectador, tan importante, que debe producirse durante el discurso teatral y no antes, en una grabación, quedando imposibilitada de adaptarse a una improvisación o improvisar ella también, o de respirar a la velocidad de una función específica y no imponer una velocidad que no se está viviendo, y además, por la belleza escénica que aporta un músico tocando su instrumento.

Nuestra experiencia en teatro infantil nos ha hecho desarrollar un tipo de montaje en el cual el “narrador” cuenta la historia, toca y canta la música, pero además acompaña con sonidos onomatopéyicos los movimientos de las pantomimas de los actores. Esto último aporta magia pura y candor a la escena, pues el espectador ve

Palabras para Francisco

Marco Antonio de la Parra

Dramaturgo y Médico Psiquiatra

Léi hace mucho tiempo con pasión *Cautiverio feliz* de Francisco Pineda y Bascuñan. De esos textos de la Conquista, de los que fundan nuestra literatura cuya defensa indigenista hoy cobra un significado mucho más importante. Fascinado por esas historias de cautivos que son material de mucho jugo, pensé, como piensa siempre el escritor, en hacer alguna versión para otro género, el teatro, la novela, un cuento corto que diera una vaga referencia y estimulara la lectura del original. Imposible superarlo. De una sorprendente calidad literaria, *Cautiverio feliz* se convertía en uno de esos sueños que no se cumplen, como la *Relación autobiográfica de Ursula Suárez* o los *Naufragios de Cabeza de Vaca*, los textos post colombinos que permitían acercarse a esa época oscura de conquistadores olvidados en el fondo del mundo, con ropas sucias, a mal traer, sin glamour alguno, armas melladas y un coraje de los que ya no hay.

La sorpresa de Francisco Sánchez y su montaje de *Cauti-*



Foto: Consuelo Mújica.

Francisco Sánchez en *Cautiverio feliz*.

y oye aquello que no existe, aceptando el juego. La precisión y calidad del sonido exige una interpretación musical en este sentido. El juglar necesita de la pantomima para ahorrar espacio y estimular la imaginación del espectador. Oberturas, cortinas musicales, acompañamientos de canciones, ambientación, apoyo de ciertas emociones, de ciertos movimientos, silencios, son utilidades de la música en vivo a las que se suma la onomatopeya.

Curioso es que, planteado originalmente como un espectáculo para adultos, su naturaleza y el contacto permanente con jóvenes escolares y niños en los pueblos del sur de

Chile derivó a *Cautiverio feliz* a un teatro familiar, que puede ser visto por todo el rango etéreo.

Marcha blanca y estreno

Trabajamos sin director, es decir, los tres actores-músicos siendo juez y parte en la creación.

El espectáculo llegó a durar 2.45 horas antes de la primera función. Fue necesario invitar a actores y dramaturgos amigos (Verónica Duarte, Alejandro Campos, Alfredo Becerra, Neda Brkic) para que aportaran con sus valiosas opiniones. Aún así, después de cuarenta o cincuenta funciones, decidimos someter el

espectáculo a lo que llamamos "clínica", es decir, la experiencia de entregar el espectáculo en manos de un director externo, ajeno al proceso de creación, para que "editara" el material, asumiendo los costos. El director Sebastián Vila hizo este trabajo con maestría, y en dos sesiones de cinco días completos, con seis meses de diferencia.

Su estrategia se basó en inducir al narrador principal a hablar menos y hacer más. La locuacidad es una herramienta del juglar, pero al tratarse de un texto monumental, en el cual hay mucho que decir, es necesario decir lo mismo pero con menos palabras y más imágenes

verio feliz (donde rescata la ortografía original) se convirtió en esos hallazgos que devuelven el alma al cuerpo y completan lo que uno siempre soñó. Francisco Sánchez convirtió el libro original en un cuasimonólogo delirante, de una energía pocas veces vista en nuestros escenarios, apostando a ese deslinde tan peligroso entre lo didáctico y lo histriónico. Sabemos lo esquivo y complicado que puede ser el público adolescente, más preocupado a veces de su propia expresividad que de escuchar una historia lejana. Sánchez realiza el *tour de force* y da el salto al escenario, convirtiéndose en un extraño clown indígenista que convierte el relato de Pineda y Bascuñan en una aventura teatral con el acelerador a fondo.

Confieso la fascinación, tanto ante su trabajo como ante la recepción de ese público que no es hostil sino poco complaciente, cautivado por el juego de máscaras de Sánchez, arrojado en un cúmulo de tierra en el escenario y apoyado por dos músicos con la misma soledad peligrosa del conquistador, esta vez del espectador, consiguiendo meterse en corazones y cabezas.

He visto pocos intentos de entrar en la Conquista y la Colonia nuestra tan felices (o feliSes), de tal despliegue y tal placer. Lo vería de nuevo si pudiera y lo recomendé a ojos cerrados a quien se me pusiera por delante. De lo mejor

que he visto en estos últimos tiempos aquí y en cualquier parte. Un espectáculo más que necesario en una época donde los eventos se comen a la historia y los hechos son tapados por los monumentos.

Cautiverio feliz es una experiencia que, sin duda, ningún otro actor podría encarar con la originalidad y riesgo funambulesco, de artista en la cuerda floja, de Sánchez y compañía. Agradezco a quien incendió la cabeza de este actor y músico, al cual tuve la suerte de conocer varios años atrás, cuando armó la música de una pieza mía e hizo la mejor puesta en escena de mano de Sebastián Vila, hoy en Buenos Aires.

Francisco Sánchez se acostumbró en Bolivia a hacer teatro a contracorriente, a hacer teatro o hacer teatro, de vida o muerte. De ahí que no se vea el miedo al riesgo del control absoluto del espectáculo. Todo depende de él y todo resulta. Después de verlo, efectivamente el texto original se abre como una flor y el agradecimiento duele como duelen las obras bellas cuando terminan.

Y dan ganas de seguirlo viendo y seguir viendo qué hace Francisco Sánchez, que ha entrado en una línea ascendente. No hay que perderlo de vista. ●